



Detalle de *Haywain* / Bosco / www.jhna.org

Atmoterrorismos y cuerpos pandémicos¹

Recibido: 02 - 11-2020

Aceptado: 17 - 12-2020

Otto Rosales Cárdenas²

Universidad de Los Andes, Núcleo Táchira, Venezuela

Grupo de Investigación Bordes

ottorosca@gmail.com

Resumen: Una exploración desde categorías como atmoterrorismo, horrorismo y pánico, el texto y el autor buscan mostrar como en la cultura occidental se presentan y conjugan para acorralar y destruir al sujeto moderno. Vislumbrando una vuelta hacia la ética nómada, como camino alternativo ante tanta barbarie y destrucción en la cotidianidad planetaria

Palabras claves: Atmoterrorismo; horrorismo; pánico; sujeto moderno; ética nómada.

Abstract: An exploration from categories such as atmoterrorism, horrorism and panic, the text and the author seek to show how Western culture presents and combines to corner and destroy the modern subject. Glimpsing a return to the nomadic ethic, as an alternate way in the face of so much barbarism and destruction in planetary daily life.

Keywords: Atmoterrorism; horrorism; panic; modern subject; nomad ethic.

¹ Ponencia presentada en el *XI Seminario Bordes: Arte y resiliencia*, celebrado los días 14 al 18 de diciembre del 2020 en la ciudad de San Cristóbal, Táchira- Venezuela. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=sxGAGtspjHw> (Minuto 0:20 a 16:49). Día 4. (17-12-2020).

² Doctor en Ciencias Humanas (ULA), Maestría en Literatura Latinoamericana y del Caribe (ULA), Antropólogo y Sociólogo (UCV). Código ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-8109-8182>

I

En el año 2002, Peter Sloterdijk presentó estas reflexiones al público lector en un texto intitulado *Temblores en el aire*. En las fuentes del terror, está escrito entre la voladura de los dos rascacielos neoyorquinos y el secuestro por un comando checheno de los asistentes de un teatro de Moscú. Un asalto que todavía se discute si los gases empleados eran enervantes, anestésicos o una mezcla inodora o incolora de ambos. Sloterdijk, evoca una fantasía profética cuando imagina la opera de Viena convertida por unos criminales en una gran cámara de gas.

Un gas industrial que se usa militarmente y de manera extensiva en barridos constantes en operaciones contra manifestantes de oposición o a favor de causas casi perdidas como el derecho a la vida, la expulsión de territorio o la reconquista de zonas ecológicas arrasadas por terrófagos; o como arma disuasiva para aniquilar adversarios políticos del bando contra bando en el que cada uno sienta identidad. Los nombres pueden ser ubicados en la geografía del mundo actual: Kosovo, Serbia, Afganistán, Pekín, Palestina, o calles, o trincheras en cualquier capital de esta América mestiza.

Para Sloterdijk, estamos ante una genealogía del terror moderno que llama atmoterrorismo. Si miramos con detalle es en el medio ambiente de cualquier capital o ciudad provinciana o amplias zonas rurales, donde se libran los antiguos y nuevos combates por la toma de posiciones a fin de consolidar el poder de los grupos en pugnas.

Es el “terror” del poder que se define como un especializado “saber medio ambiental exterminador, que ya no apunta con sus armas a los cuerpos, sino a imposibilitar que el enemigo subsista en un medio carente de condiciones vitales”.

Para nuestro autor, Sloterdijk el “aire” y la “atmosfera” son los medios primarios de la vida, que al asumirlos como instrumentos o vehículos para cortar la vida, se debe “envenenar” o “enrarecer” con sustancias “invisibles”, para cumplir el objetivo destructivo: aniquilar la existencia humana. No es un simple despliegue técnico, sino la intención directa de impactar e inmovilizar para siempre los cuerpos de las víctimas.

Algunas interrogantes que sirvan de guía en estos tiempos pandémicos: ¿vivimos un terror mediático que surca, toca cada uno de nuestras vidas, en voz de personajes “legítimos” o no, cuando una pandemia se vuelve viral en un bando contra bando, para justificarse como una guerra económica expansiva?. ¿Estamos en un juego del pin pon, que pudiéramos llamar horrorismo, donde el lenguaje fanático y agresivo descalifica, señala, victimiza y paraliza amplios sectores de poblaciones en el mundo actual? Una tercera interrogante, más puntual: ¿estamos ante una guerra expansiva, entre locura e ilusión, donde somos simples juguetes de los amos del mundo?

Deseo mostrar, junto con otros autores, cómo nos movemos y jugamos con nuestras vidas en un ambiente en donde el atmoterrorismo copa los noticieros, y redes, acorralando en una vergonzosa red de cifras, encerronas y miedos que ayudan a construir y a fragmentar al sujeto moderno.

Asomemos una hipótesis: ¿es posible que este sujeto moderno ante la desolación del yo, producto de una experiencia “ruina”, busque e imponga guerras y devastaciones, tanto de su naturaleza íntima, como de esa vasta naturaleza social?.

Vivimos una atmósfera de pánico, una invasión del imaginario del mal a través del apocalipsis nuclear se hace presente en la cultura y civilización de occidente, como un mito de beligerancia, a través de dioses destructores y paganos, que juegan constantemente para imponerse hacia nuestros cuerpos y nuestras consciencias.

Para Hilman, la historia de occidente nos ha dejado dos alternativas, igualmente repugnantes. O bien, adoramos a un dios Pan Arcadio de una naturaleza sentimental, que nos ofrece la liberación de la historia; o bien lo maldecimos como un demonio pagano que amenaza a la civilización con su atavismo anárquico y otros excesos, tales como oscuridad, representación, exhibicionismo, o instintos primitivo...

El dios Pan ha muerto, nos dice Plutarco en su tratado y Hilman lo recupera en su obra *Pan y la pesadilla* (2007), para proponernos que sobre esta figura de Pan, nuestro cuerpo está expulsado en la cultura occidental. Nuestro grosero cuerpo material, o el viejo Pan asociado a la tierra y a la animalidad. El imaginario de la cultura occidental alberga una contradicción entre un cuerpo de piel áspera, con pezuñas, cuernos, y otro cuerpo maltratado, dejado, crucificado como lo es el Cristo. Esta tensión marca uno de los trayectos más conflictivos de la sociedad moderna, el paso del politeísmo al monoteísmo, que deja al cuerpo y su corporeidad en la polaridad de las sombras y la oscuridad. Ese ángel de luz caído en la mítica judeo cristiana, es quizás un resto del viejo Pan, que no tiene otro lugar permitido en la cultura oficial.

Otro autor, Rafael López Pedraza (1980), propone a este dios Pan, y lo ubica en la cultura de occidente como el dios del pánico máximo, cuando su imagen se presenta bajo el ropaje histórico del diablo. Dios de las pesadillas, la epilepsia, la masturbación.

Tal vez, sea en la obra de Gerónimo Bosco, el pintor que nos muestra con mayor riqueza estas pesadillas infernales; en una época medieval, de gran fanatismo que generó la cacería de bruja o brujofobia, la aplicación de suplicio a los magos, la persecución de los herejes como pretexto de los victimarios titulados para ocultar la codicia sobre los bienes de los martirizados.

Para Alejandro García Malpica (1987), el Bosco nos muestra atmósfera de masacres, hambrunas, revueltas, pestes, bandidajes y miserias. García Malpica ahonda en esta época y en la plástica del



Pan
Foto: Manuel M
www.flickr.com

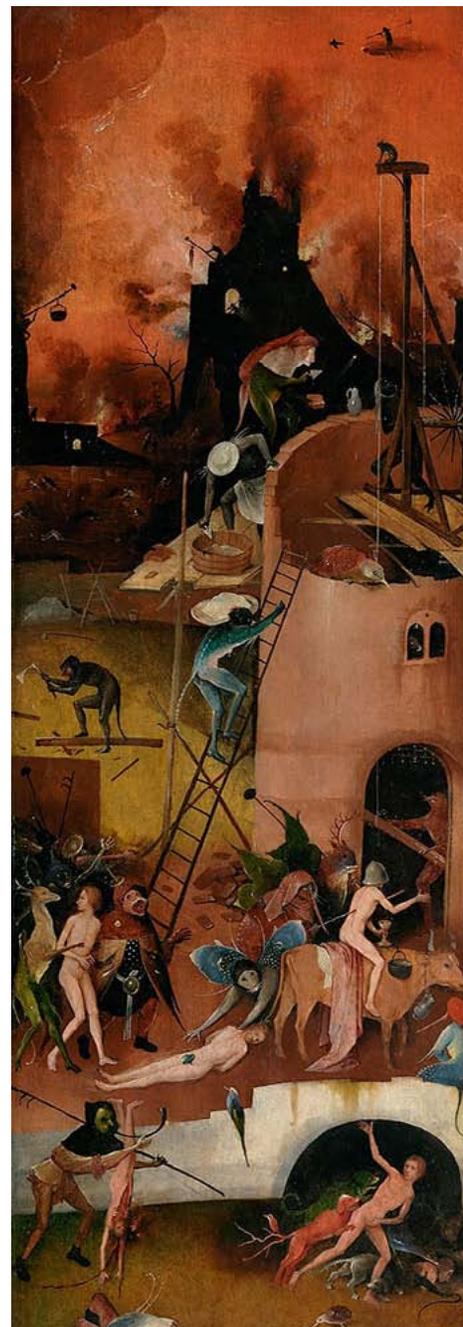
Bosco, él observa que es fiel a las concesiones sobre la locura, comentadas en su tiempo.

La locura es un saber y una ilusión, como lo propone Foucault, en su *Historia de la locura de la época clásica* (2000), un saber que augura la victoria del reino de Satán, presagia la inminente catástrofe del fin del mundo, vaticina la suprema condena, advierte el horror por transgredir la ley de Dios. Una ilusión que simula un espejo donde se refleja la fragilidad del sueño de las vanidades humanas tomadas como realidad.

Volvamos a nuestras preguntas iniciales para ir desbrozando con más cuidado este síntoma de incertidumbres, caos y pérdidas de sentido ante el mundo que nos rodea. Miremos con mayor cuidado al sujeto moderno, que nos preciamos en ser, se encuentra en una encrucijada existencial ante tanto dilema de una sociedad del espectáculo masivo. No logra discernir. Una poderosa ilusión de progreso técnico científico, esplendente y masivo, una sociedad productora de objetos con fechas de vencimientos, una instantánea red de chismes, opiniones superfluas, paisajes turísticos volátiles, etc., presionan para dar la ilusión de confort, bienestar y “confianza” en la vida actual. Por debajo de tan bello empaque, se mueve ese bárbaro interior que nos habita. Una desconfianza ante lo otro, una profusión de beneficios conculcada por la aceitada burocracia partidista, una constante busca de seguridad “intima”, ahora en boca de líderes disminuidos, perseguidos, masacrados, evocados como fantasmas de caudillos.

Un horrorismo como lo sugiere Adriana Cavarelo, y recuperado por Fania Castillo (2011), en su trabajos sobre la Gorgona, mito que nos narra la petrificación e indirección de la mirada, ante tanto horror y espanto, ante lo que nos cuesta nombrar, lo imaginable e indecible y sin embargo, presente en nuestra vida moderna.

Cerremos con un cineasta que en su obra y a más de ochenta años productivo, muestra cuál despiadados y bárbaros hemos sido con nuestros semejantes y con nosotros mismos, J. L. Godard, en casi toda su obra nos ha mostrado cuál frágil y débil es nuestra condición humana, pero a su vez cuál y -humanos y bárbaros- somos en nuestro tránsito por la vida ontopoética actual.



Haywain / detalle
Bosco

II

Miremos estos tiempos pandémicos desde otros ángulos más benévolos, una lectura donde el arte nos ayude a reconfigurar este malestar de encierro, o desazón.

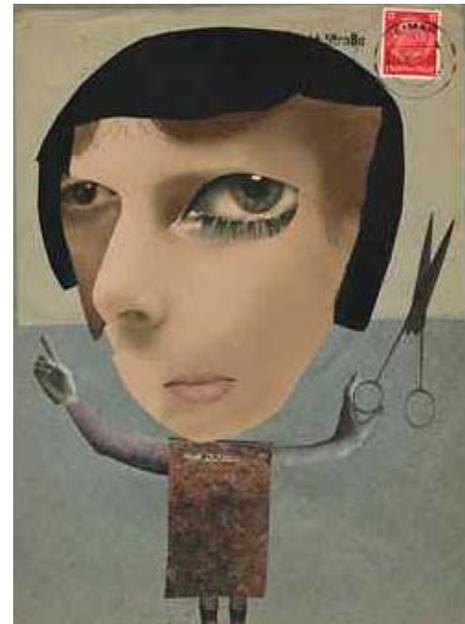
El 8 de febrero de 1916, en el cabaret Voltaire de Zúrich, Suiza, se dice que un grupo de artistas, bohemios, músicos se reunieron para dar a una palabra sin mayores lujos una nueva significación: *Dadá*. Que para unos y otros concurrentes es un sonido más poético, como irreverente a su uso diario: “caballito”, “jugar a caballo”. Esta amena manera de jugar cabalgando la vida, nos permite buscar un hilo poco ortodoxo ante la guerra que la civilización occidental tiene contra la naturaleza humana. “Ir cabalgando por la vida”, es como ir susurrando que siempre cualquier tiempo que vivimos será mejor, pues ante una atorrante y golpeante griterío de las voces incrustadas en los medios; que se desgarran vestiduras para mostrar las bondades de su gobierno de exagerado consumo; su lustroso “progreso” existencial; o su pandilla de amigos de lo ajeno; sólo nos queda el arte de vivir con estilo nómadas, errantes, móviles por una estética lo suficiente al borde de una existencia ética, cónsona con un “cuidado de sí”, que restituya un estilo novedoso en la vida misma.

El arte de vivir como una obra de arte abierta, haciéndose una constante ante uno mismo y su entorno.

Parece una vieja aspiración vivir poéticamente la vida, si seguimos ésta del músico Erik Satie (1866-1925): “se ruega a las personas que están en capacidad de comprender esta obra, tengan la bondad de observar una actitud sumisa de inferioridad” (Quintana Catillo, M., 1982). Una inferioridad ante la vida del otro, ante la voz de aquel que llegó primero para reclamarnos la sumisión ante la vida misma.

Pero el genial compositor con su música llena de esferas melancólica, sirve como una limpia caminata ante los obstáculos de la vida, no logró vislumbrar tanta animadversión por el arte de vivir en una sociedad que bien parece ganada para cerrar y sesgar una actitud vigilante ante lo que piensan que la vida es solo oro puro por gastar.

El arte de vivir de acuerdo con una ética de vida, tal vez se vuelve constante y sinuosa en esta sociedad que privilegia el horror al silencio, al cálido encuentro de los amigos para charlar



Collage
Hannah Höch

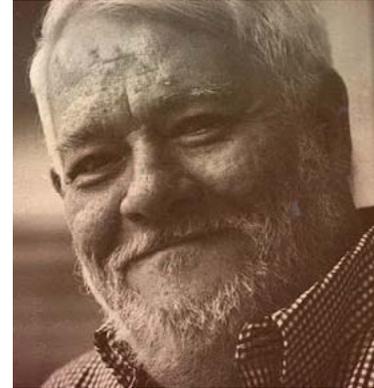
sin los cacharros tecnológicos, y al limpio murmullo de un adiós de los amantes que parten por caminos distintos o tal vez, como lo insinúa Armando Rojas Guardia en su bello texto *Dios a la intemperie*: “esa celebración de los cuerpos y en esa extraña hondura, país de comunión sumergida, que llamamos amistad”.

III

El siglo XXI, que en rigor comenzó con la crisis energética mundial de 1973, nos lleva a recomponer el ajedrez geopolítico del mundo actual.

La civilización montada en el desarrollo científico- técnico, pero con vocación ecocida, tiene atrapado a amplios sectores entre la locura e ilusión de “progreso” material, es desmedro de una busca del equilibrio interno- externo con la naturaleza social.

De ahí parte, en nuestra opinión, los desequilibrios, contradicciones y caos existencial.



Armando Rojas G

Referencias

- Castillo, Fania (2011). *Mirar la Gorgona: Trauma, indirección y narrativa*. Trabajo de Grado para optar a Magister en Literatura Latinoamericana y del Caribe. San Cristóbal. Universidad de Los Andes.
- Foucault, Michel (2000). *Historia de la locura de la época clásica*. México, Fondo de Cultura Económica, Tomo 1.
- García Malpica, Alejandro (1987). Bosco y el cuerpo fragmentado. En *Arte y locura: espacios de creación*. Caracas, Museo de Bellas Artes.
- Hilman, James(2007). Pan y la pesadilla. Traducción de Cristina Serna. España. Vilaür.
- López- Pedraza, Rafael (1980). *Hermes y sus hijos*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Rojas Guardia, Armando (2008). *El Dios de la intemperie / El principio de incertidumbre*. Qohelet y la moral provisional. EUA/Miami, Florida. Conviviumpress. Colección Sapietia.
- Sloterdijk, Peter (2003). *Temblores en el aire. En las fuentes del terror*. Valencia: Pre-textos.
- Quintana Castillo, Manuel (1982). *Cuaderno de pintura*. Caracas: CONAC/ Ediciones de la Galería.